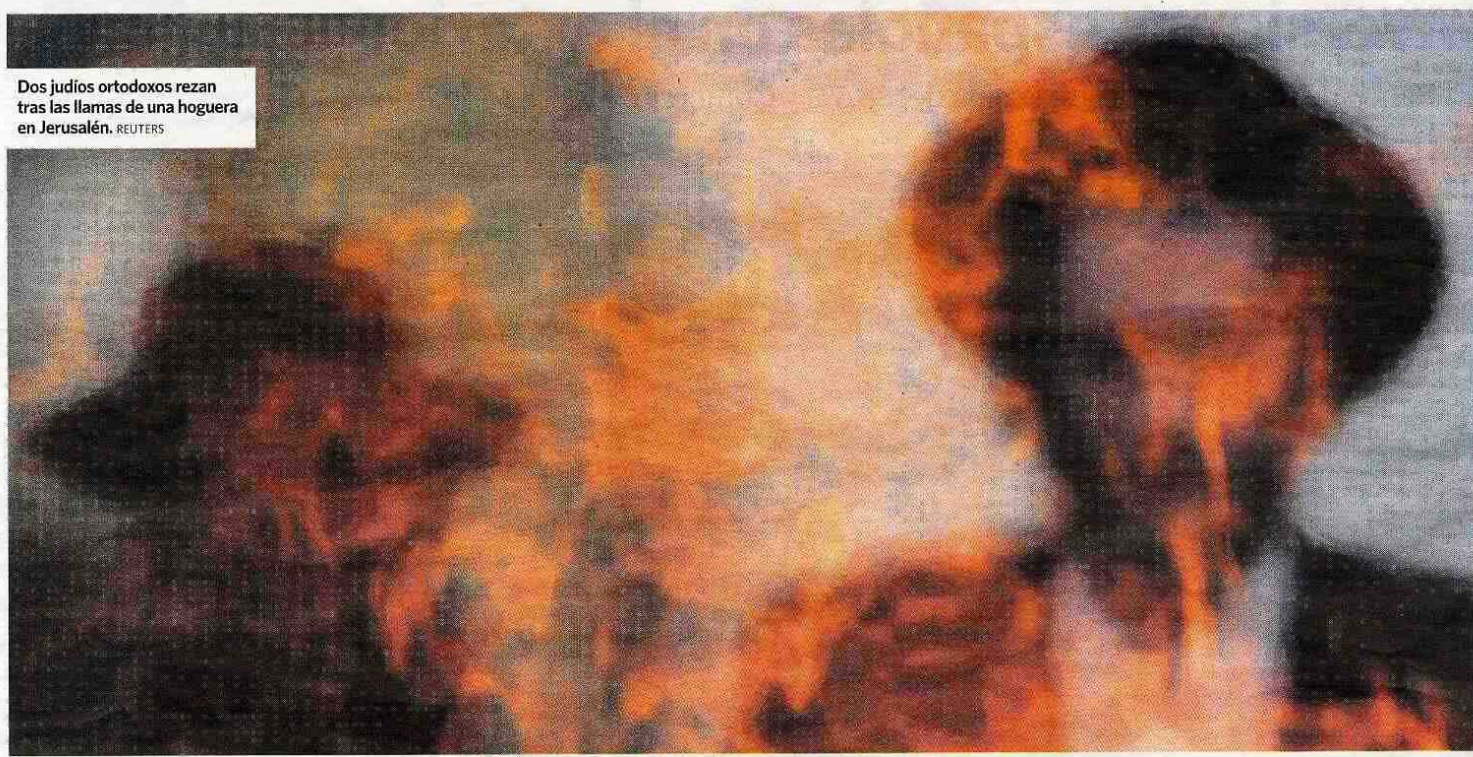


Dos judíos ortodoxos rezan  
tras las llamas de una hoguera  
en Jerusalén. REUTERS



# ISRAEL NO SE QUEMA CON LA CRISIS

Tras cuatro años consecutivos con un crecimiento al 5,2%, la previsión para este año se sitúa en el 4,5%

Ugo Tramballi

MILÁN. Para explicar el milagro económico de Israel se podría recurrir a los tópicos al uso: que convirtió un desierto en un jardín, que es el tercer país —tras Estados Unidos y Canadá— en número de empresas que cotizan en el Nasdaq, o que de sus proverbiales tasas de inflación de los años 80 (445 por ciento) dieron paso a una disciplina fiscal extraordinaria, a pesar de la perenne sed de financiación de su aparato de Defensa.

Pero si Israel es un país en guerra crónica (dos con los palestinos, dos con el Líbano y cuatro con el mundo árabe en conjunto, en 60 años), sólo una experiencia vivida en el frente puede explicar dónde reside la extraordinaria fuerza de esta economía.

Verano de 2006, zona de Carmiel, sur de Galilea. Caen cohetes procedentes del Líbano, hacia donde se desplazan ingentes columnas de blindados israelíes. Y sin embargo, a las 9 de la mañana, el 95 por ciento del personal de Delta se presenta en la fábrica de ropa de mujer, hombre y niño que confecciona prendas para las mejores marcas del mundo.

“El problema son las sirenas, cuando suenan la gente tiene que refugiarse. Eso terminará haciendo que tengamos que reducir a la mitad la producción”, suspira Dov Lautmann, empresario de israelí. Veinte días después, con el alto al fuego, la producción aumenta un 110 por ciento.

## La economía en cifras



“Nuestro mayor error es no pensar como ellos, es decir colectivamente. Nosotros somos demasiado individualistas”, decía de los israelíes Munnib al-Masri, el mayor empresario palestino, uno de los pocos que, entre los palestinos, cree que la independencia de su país pasa también por su capacidad de proporcionar trabajo y bienestar a la población.

Esta es la fuerza de la economía israelí: olvidarse de la guerra, incluso en medio de las bombas. Modificando su estructura económica —hoy, el 50 por ciento de lo que produce lo exporta, y el 60 por ciento de lo que importa es tecnología—. Israel sigue trabajando en cualquier situación: paz fría con Egipto, conflicto de *baja intensidad* con las sucesivas Intifadas palestinas, gue-

**El país muerto, desde el punto geopolítico, se transformó en un país exportador**

rras de alta intensidad con Hizbulá o amenazas de Agamedón con Irán.

Como dice Eli Hurvitz, el hombre que encarna a la perfección al empresario israelí, “la guerra no acaba con la economía, eso sólo puede hacerlo la estupidez”. Ni siquiera la crónica inestabilidad interna consigue hacerlo. En sus 60 años celebrados el pasado mes de mayo, el fragmentado sistema político israelí nunca consiguió garantizar una mayoría parlamentaria ni un Gobierno que durase más de tres años. Pero eso nunca comprometió la economía, porque si sobre el proceso de paz la derecha y la izquierda adoptan posturas radicalmente diferentes, sobre las reformas necesarias para el desarrollo hay una sintonía casi total.

Desde el punto de vista geopolítico, Israel parecía destinado a ser un vehículo muerto, a pesar de que podría haber sido el motor económico de la región. Pero sigue siendo percibido por todos los árabes que lo rodean, incluso por aquellos con los que ya está en paz, como un enemigo. De ahí que la revolución, para Israel, llegase de la mano del *high-tech*, el sector al que se lanzó el país hace ya una decena de años. Y el vehículo muerto se transformó en un país exportador.

### Crecimiento ante la crisis

Poco importa que la paz no haya conducido a los intercambios comerciales soñados con Egipto, ni que la falta de acuerdos con la mayoría del mundo árabe haya quitado a Israel el ac-

ceso al Golfo Pérsico, ni los mercados de Israel con América, Europa y Extremo Oriente...

Además, en Israel dicen ahora que “una hipoteca es una hipoteca que concede un banco y no se transforma en ninguna otra cosa”. De ahí que el impacto de la crisis internacional no haya sido tan devastador como en otros países. Los israelíes ahorran el 22 por ciento de su renta. Y las consideraciones sociales que, durante estos años, ralentizaron las reformas, al final permitieron al Banco Leumi, uno de los mayores, estar todavía nacionalizado y, por lo tanto, protegido, como en los tiempos del más rígido laborismo.

En Israel, tampoco hay burbujas inmobiliarias. Cuatro años de crecimiento ininterrumpido al 5,2 por ciento y la tasa de 2008 garantizada en torno al 4,5 por ciento son un colchón confortable para afrontar la crisis.

Aunque, como dice Avishai Braverman, economista y presidente de la Comisión de Finanzas de la Knesset (Parlamento), “el año 2009 también será duro en Israel”. Pero el Ministerio de Finanzas insiste, de momento, en un crecimiento del 3,5 por ciento, una cifra que ni siquiera se creen en el propio Ministerio. El Banco de Israel propone un más realista pero todavía buen 2,7 por ciento. Y la previsión de UBS es sólo del 1 por ciento. Justo para recordar que la economía israelí está ya globalizada por completo para lo bueno y para lo malo. Y también para verse afectada por la crisis.